

Autoagresiones corporales: narrativas del dolor de jóvenes estudiantes **Self-aggressions: narratives of pain of young students**

Carina V. Kaplan¹
Ezequiel Szapu²

¹CONICET - UBA, FFyL, IICE - UNLP, FAHCE, email: kaplancarina@gmail.com

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-3896-4318>

²UBA, FFyL, IICE, email: soysapu@gmail.com

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-6136-9352>

Resumen: Ante el padecimiento de un dolor social producido en un entorno signado por la exclusión, la juventud despliega distintas estrategias entre las que pueden ubicarse las autoagresiones corporales. Este artículo analiza los hallazgos de un estudio socioeducativo que recupera narrativas del dolor en las experiencias estudiantiles.

Palabras clave: jóvenes - dolor social - autoagresiones corporales - estudiantes

Abstract: Given the suffering of a social pain produced in an environment marked by exclusion, youth deploys different strategies among which body self-aggressions can be located. This article analyzes the findings of a socio-educational study that recovers narratives of pain in student experiences.

Keywords: young people - social pain - body self-aggressions – students

Recepción: 03 de julio de 2019

Aceptación: 31 de octubre de 2019

Coordinadores: Dr. Natalio Extremera y Dra. Carina V. Kaplan



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

Autoagresiones corporales: narrativas del dolor de jóvenes estudiantes

INTRODUCCIÓN

Este artículo presenta una serie de hallazgos de un estudio socioeducativo¹ cuyo propósito general consiste en comprender la construcción social de los cuerpos y las emociones en la vida escolar y sus relaciones con la producción de las violencias. El análisis de las experiencias estudiantiles permite interpretar la trama de conflictividades que atraviesa la convivencia escolar. Los cuerpos se ubican en el centro de las interacciones cotidianas constituyéndose como símbolos para leer la humanidad de un otro.

En las relaciones interpersonales, el cuerpo es lo primero que se percibe, instalando un juicio de valor respecto a quien es observado (Goffman, 2012). A través de la percepción de los otros, cada sujeto elabora una evaluación implícita que porta un sentido práctico. Las marcas corporales pueden operar como elemento de segregación y de discriminación que se introyecta como auto estigmatización.

“La presentación social del sujeto se da a través del cuerpo. Somos, en parte, lo que los otros ven y, en este sentido, el cuerpo es un recurso en la política de la identidad” en el marco de un régimen de apariencias que antepone una serie de características por sobre otras (Scribano y Vergara Mattar, 2009: 412). A través de una mirada subalternizada unos grupos subsumen a otros en virtud de condiciones tales como el lugar de residencia y/o signos del *habitus corpóreo* (Bourdieu, 1991) expresado en disposiciones estéticas tales como formas de lenguaje, vestimenta, posturas, auto-presentación. Se va instalando un reconocimiento hacia determinadas corporalidades creando la imagen de un cuerpo legitimado en detrimento de otros que, por no ajustarse a los patrones dominantes, son objeto de representaciones y prácticas estigmatizantes.

Estos modos sociales de interacción generan emotividades cargadas de sentimientos de rechazo y falta de reconocimiento. En la búsqueda de sentido vital, el cuerpo funciona como punto de partida y de llegada de distintas situaciones de violencia que pueden expresarse como verbales, físicas o bien ejercidas hacia un otro o hacia sí mismo. La hipótesis que sostenemos a lo largo de nuestra exposición es la siguiente: las experiencias que involucran sentimientos de exclusión por parte de los jóvenes están asociadas a la emoción de dolor social, el cual, en algunos casos, puede llevarlos a ejercer comportamientos autodestructivos.

¹ Este artículo recoge los resultados de una investigación finalizada con sede en el Programa de Investigación “Transformaciones sociales, subjetividad y procesos educativos”, bajo la dirección de Carina V. Kaplan, del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (UBA). Proyecto UBACyT N° 20020170100464BA – periodo 2018-2021: “Violencias, estigmatización y condición estudiantil. Una sociología de la educación sobre las emociones y los cuerpos”.

Por la naturaleza del problema de investigación, se llevó a cabo un estudio exploratorio de tipo interpretativo-cualitativo, estableciendo un proceso relacional entre la teoría y la empiria (Valles, 1997; Vasilachis de Gialdino, 2016). Para avanzar en el proceso de indagación, se buscó una aproximación al fenómeno social de las autoagresiones físicas desde la propia mirada del actor, es decir, se intentó caracterizar el punto de vista (Bourdieu, 2013) construido por los estudiantes de secundaria² en el propio ámbito escolar. Se realizaron entrevistas en profundidad (Valles, 1997; Marradi, Archenti y Piovani, 2018) a 40 jóvenes de dos escuelas secundarias de zonas urbanas periféricas de la ciudad de La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Los sujetos entrevistados son estudiantes que cursan los primeros y últimos años en los turnos matutino y vespertino en que funciona la institución escolar.

AUTOAGRESIONES CORPORALES Y DOLOR SOCIAL

Los procesos de construcción y transformación psicológica y social sólo pueden ser entendidos en mutua conexión, ligando las transformaciones de largo alcance de la estructura social y la estructura psíquica o emotiva (Kaplan, 2008). La afectividad estudiantil se vincula con las propias condiciones de existencia: el origen social, los vínculos con la familia, los compromisos económicos, la relación con la cultura y la función simbólica conferida a su actividad (Bourdieu, 1978).

Partimos del supuesto de que la emoción es un elemento psicológico, pero también es un elemento cultural y social. Siguiendo a Illouz (2007), sugerimos que cada época y contexto desarrolla una jerarquización de las emociones que “organiza implícitamente las disposiciones morales y sociales” (p. 17). En otras palabras, “los rasgos emotivos de los sujetos tienen una génesis y una historia que es social, por tanto, resulta imperioso considerar las transformaciones psíquicas e impulsivas en sus relaciones dialécticas con las transformaciones sociales” (Kaplan y Silva, 2016:30).

Elias plantea que el ser humano es extraordinariamente maleable y variable; y que las transformaciones de las actitudes humanas no se limitan a lo psicológico y a lo fisiológico por separado:

A lo largo de la historia, y consecuentemente con el entramado de dependencias en que transcurre toda una vida humana, también se moldea de modo distinto la «physis» del individuo en conexión inseparable con lo que llamamos su «psique». Piénsese, por ejemplo, en la modelación de los músculos faciales y, por lo tanto, de la expresión del rostro a lo largo de la vida de un ser humano (Elias, 1987:488).

² El sistema educativo en Argentina está dividido en cuatro niveles: inicial, primario, secundario y superior. La obligatoriedad comprende la sala de 4 y 5 años en el nivel inicial, 6 o 7 años en el nivel primario (según jurisdicción) y 5 o 6 en el nivel secundario (también según jurisdicción). En la provincia de Buenos Aires, este último nivel está conformado por dos ciclos de 3 años cada uno.

Si bien portan un componente biológico, las emociones tienen una raíz social. No existe una expresión de las emociones, sino innumerables matices del rostro y del cuerpo que dan testimonio de la afectividad de un actor social en un contexto sociocultural e histórico.

Los movimientos del cuerpo y del rostro no son aleatorios ni están sometidos al arbitrio individual, brotan del interior del simbolismo social. Plantear la universalidad de las emociones y enumerarlas es tan vacío de sentido como hablar de la universalidad de su expresión (Le Breton, 2010: 104).

Las intervenciones sobre el propio cuerpo representan un modo de procesar la emotividad ante la necesidad de establecer lazos intersubjetivos. Frente a esta búsqueda por dotar de sentido social a la existencia individual, en su texto *Civilización y Violencia* (1994); Elías encuentra que los jóvenes necesitan perspectivas de futuro, identificarse con un grupo de pertenencia, alcanzar respeto y estima social: "La reputación, ganarse el respeto, lograr adhesión, son valores a conquistar que inciden en las imágenes y autoimágenes que van fabricando los jóvenes" (Kaplan, 2016: 116).

Frente al malestar socio psíquico que experimenta, la juventud incurre en una serie de conductas de riesgo que establecen un vínculo real o simbólico con la muerte, ante lo cual podemos pensar, en principio, que no tienen la intención deliberada de morir, sino de poner en juego la vida para conocer la alteración de las capacidades físicas y emocionales. Las conductas de riesgo manifiestan un enfrentamiento con el mundo, cuyo fin es encontrarle un sentido a la propia vida.

Manipulando la hipótesis de su muerte voluntaria, el joven agudiza su sentimiento de libertad, desafía el miedo haciéndole frente, convenciéndose de que con el tiempo tiene una puerta de salida si se le impusiese lo insostenible. La muerte entra así en el campo de su propia potencia y deja de ser una fuerza de destrucción que lo sobrepasa (Le Breton, 2011:47).

Aquí se pone en juego el patrimonio identitario por excelencia: el cuerpo, el cual es la clave para encontrar un lugar en el tejido del mundo. Se produce un intercambio simbólico con la muerte, donde se ofrece la propia vida, con el fin de que, en caso de salir adelante; el riesgo restituya el sentido vital ausente. Estos comportamientos no siempre implican un deseo de muerte, muchas veces consisten en un anhelo de dejar de sufrir para dejar de sentir dolor (Toporosi, 2015).

Las conductas de riesgo son ritos íntimos de fabricación de sentido. Son pruebas que los jóvenes se infligen con una lucidez inigualada, ritualizaciones salvajes de un pasaje doloroso, momentos transicionales donde el cuerpo mismo es un objeto transicional proyectado al mundo duramente para continuar una marcha penosa de confusión (Le Breton, 2011:48).

Entre estos comportamientos se encuentran: la anorexia, el alcoholismo, la toxicomanía, las tentativas de suicidios, la velocidad al volante, la fuga, la delincuencia, las relaciones

sexuales sin protección, entre otros. En este trabajo nos centramos principalmente en los cortes en la piel entendidos bajo la emotividad del dolor social.

Esta violencia autodestructiva se ha extendido con fuerza en la población joven y se ha popularizado bajo el nombre de *cutting*, aunque aquí preferimos la denominación de autoagresión corporal o lesiones auto-infligidas. Es un fenómeno caracterizado por cortes en la piel, generalmente ubicados en brazos y muslos; vinculado de manera estrecha con situaciones de miedo y angustia frente a un entorno en el que se sienten invisibilizados.

Cuando la angustia o el sufrimiento eclipsan la capacidad de elegir otras opciones, aún frente a la propia argumentación o afirmación del deseo de quitarse la vida, entendemos que se encuentra invalidada la libertad de elegir [...] No se trata de que no existan decisiones individuales ni negar las problemáticas singulares, cuando hablamos de problemáticas y sufrimiento subjetivo siempre está en juego la alteridad, el otro en las distintas escenas y dimensiones de su presencia e influencia (Korinfeld, 2017: 212-213).

Una de las hipótesis principales respecto a las autolesiones es que las manifestaciones de este sufrimiento se encuentran estrechamente relacionadas con la emoción de miedo a sentirse o imaginarse excluido. Este sentimiento toma lugar en la experiencia vital de jóvenes que expresan mediante palabras o gestos corporales no sentirse comprendidos en el mundo, o, en determinados casos, como una respuesta frente a situaciones de violencia (física y/o simbólica) en el ámbito familiar y/o escolar. El dolor social es vivido por los jóvenes como permanente y perdurable en el tiempo y, en muchas ocasiones, puede llevarlos a producirse cortes en la piel.

El sinsentido puede ser una fuente para los comportamientos asociados a la violencia. Ello en la medida en lo que se refiere a la producción de identidades personales o colectivas, de quienes no logran sentirse reconocidos o bien que experimentan emociones y sentimientos de descrédito amplio, de rechazo, de exclusión (Kaplan, Krotsch y Orce, 2012: 33).

La violencia ejercida sobre el sujeto, vuelve proyectada sobre sí mismo en actos de autoagresión corporal que buscan aplacar el dolor social.

NARRATIVAS DEL DOLOR

Las narrativas de los estudiantes entrevistados permiten una lectura de las prácticas de autodestrucción asociada a la emoción de dolor social que padecen. Los cortes autoinfligidos son una respuesta a las emotividades cargadas de sufrimiento. El sentimiento de malestar, en tanto expresión de un dolor socio-emocional, se pone de manifiesto en los testimonios recogidos en nuestro estudio a partir de su vinculación con diversas circunstancias que desarrollaremos en lo que sigue.

Una circunstancia referida por los jóvenes estudiantes es la muerte de una persona cercana, ya sea familiar o amigo. Al cumplirse 11 meses de la muerte de un familiar, este joven relata un estado que designa como depresión y que incide en su desempeño escolar.

Mucho esto no lo conté. Tengo que empezar a hablar más. Empezaba a andar mal en la escuela... Estaba yendo todo bien y de golpe, no sé por qué, estábamos... Era un día lluvioso, estábamos en el salón de clase, y de golpe me agarra tipo un estado depresivo, me pongo a llorar de la nada, y me pongo a hablar. Y se había cumplido ya... El domingo se cumplieron once meses de que falleció mi tío, en un ring.

(Estudiante varón de 5to año)

Otras de las circunstancias se refieren a los vínculos intergeneracionales. El tipo de relación mantenida con los adultos, ya sean referentes institucionales o familiares, influyen en los modos de sentir y actuar. En algunos testimonios los adultos aparecen como figuras que ayudan a paliar el sufrimiento en lugar de profundizarlo. Pero aquí interesa recuperar aquellas vivencias en donde se genera malestar, a los fines de intentar comprender las experiencias juveniles signadas por el dolor.

La siguiente joven establece una correspondencia entre el trato intrafamiliar y el modo que se desarrollan las relaciones con los demás.

Entrevistada:- Preguntarle cómo es esa persona, o cómo es la familia de esa persona. Porque más que nada, un chico puede tratar a una persona por cómo tratan a esa persona en la casa. ¿Me entendés, no?

Entrevistador:- O sea que si a él lo tratan mal en la casa, después va a tratar mal...

Entrevistada:- Mal a los demás, porque ya está acostumbrado a que lo traten mal en la casa. Yo iría más al tema de la familia y cómo es la familia con él, si tiene problemas en la familia y todo eso.

(Estudiante mujer de 2do año)

Siguiendo la lógica del concepto de *cadena de violencia* que proponen Auyero y Berti (2013), el sujeto que es víctima de situaciones de violencia en determinados espacios puede ser productor de violencias en otros. Así, los vínculos con los adultos del entorno más cercano son una pieza clave en la construcción de subjetividad. Tal es el caso de la siguiente estudiante que describe sus vínculos familiares aportando detalles de la relación conflictiva que mantiene con su madre.

Porque en sí mi mamá es de prohibirme todo. No es por la etapa de la adolescencia, yo siempre lo dije, porque desde chica mi vieja me jode³; entonces es un problema conmigo, creo, porque a mi hermana más grande la idolatra. A mi otro hermano también. Porque mi hermana creo que terminó la secundaria a los quince y ya era profesora de inglés. Y mi vieja quiere que yo me parezca a ella. Y, por ejemplo, lo que yo quiero estudiar no me lo deja estudiar.

(Estudiante mujer de 2do año)

³ Molesta

Este tipo de vínculos afectivos, cuando se ven signados por sentimientos de rechazo, colaboran en la producción de un dolor emocional que pareciera no ofrecer salida.

En el marco de los vínculos intergeneracionales, los docentes y otros profesionales de la institución escolar son indicados en las entrevistas en vinculación con sentimientos de falta de respeto. Queda expresada en los testimonios la necesidad de sentirse escuchados por parte de los adultos. Demanda que refiere tanto a la cantidad de espacios de escucha, como a la calidad de los mismos.

Somos incomprensidos a veces, porque nosotros tenemos un punto de vista distinto al que tienen los grandes. Los grandes nos ponen límites, nos dicen: "Esto no lo hagas", y nosotros, como somos jóvenes, eso lo vamos a hacer. "Acá no te metas que es re peligroso, vas a tener problemas", ¿y qué?, vamos y nos metemos ahí. Porque es todo para meterles la contra. Porque hay veces que no nos prestan atención, no nos escuchan como tiene que ser. Nos dicen: "Tenés que hacer esto, tenés que hacer aquello" y nunca nos preguntan bien lo que queremos hacer nosotros, qué es lo que nos gusta hacer a nosotros.

(Estudiante varón de 5to año)

Entrevistado:- Yo también he tenido roces con profesores en el que estaban enojados y me han levantado la voz y los hice callar. Es de calentón pero... Para no hacerles tener la razón, porque a veces no tienen la razón y... Son mayores, hay que tenerles respeto, pero respetame vos también si querés respeto. Es mutuo.

Entrevistador:- ¿Sentiste que no te escuchan?

Entrevistado:- Si, no te escuchan. Están hablando con ellos mismos parece, porque están en la nada misma. Igual no es con todos los profesores, es con algunos nomás.

(Estudiante varón de 5to año)

Por su parte, en el plano de lo intergeneracional, los jóvenes relatan experiencias de sociabilidad mantenidas con sus pares, las cuales se emparentan con el sufrimiento social. En el siguiente testimonio, la estudiante expresa preferir en ocasiones quedarse en su casa, ante el maltrato recibido en la escuela en virtud de su contextura física.

Entrevistador:- ¿Te gusta venir a la escuela?

Entrevistada:- Sí. Más o menos. El único momento que no me gusta es cuando me cargan.

Entrevistador:- ¿Te cargan?

Entrevistada:- Por el peso. Eso sí me molesta. A veces no vengo porque me siento mal por lo que me dicen. Pero sí me gusta venir al colegio.

(Estudiante mujer de 2do año)

La juventud, como período de construcción de identidades, necesita del reconocimiento del otro y, principalmente de los pares. Pero cuando es en ese grupo donde son discriminados,

las emotividades juveniles se ven afectadas por sentimientos de exclusión. El sufrimiento es tal que puede llegar a suprimir los deseos de participar de espacios compartidos con los compañeros. En el siguiente testimonio, se expresa el malestar frente a los compañeros que lo agredían verbalmente en su escuela anterior, siendo el motivo del cambio de institución.

Entrevistado:- En la otra escuela me molestaban un poco, pero no sé...

Entrevistador:- ¿Por qué te molestaban?

Entrevistado:- Me molestaban... porque me decían tonto y esas cosas. Pero yo nunca respondía. Porque yo nunca alentaba a pelear y esas cosas. Me decían tonto.

(Estudiante varón de 2do año)

Hasta aquí se han recuperado diferentes circunstancias que generan sentimientos de angustia y expresan el malestar juvenil. Estas experiencias giran en torno a la muerte de un ser querido, relaciones conflictivas con los adultos, tanto de la escuela o de la familia, así como a distintos tipos de violencias sufridas en la sociabilidad con los pares.

Uno de los modos en que el dolor socio-emocional padecido es tramitado por parte de los jóvenes, es mediante las autoagresiones corporales. Al preguntarles respecto a por qué alguien se produce un corte en la piel, los entrevistados argumentan la base de este tipo de comportamientos en situaciones similares a las ya descritas.

Lo más recurrente son las peleas familiares, las rupturas románticas, las burlas de los compañeros y el no sentirse cómodos con su propio cuerpo. En el siguiente testimonio, una estudiante refiere a las prácticas de autoflagelación que comparte con su amiga, reconociendo un conjunto de circunstancias que se entrelazan para justificarlas:

Problemas... O sea, en sí, nos hicimos mejores amigas y ahora es prácticamente como mi hermana porque, literalmente, nuestras vidas son muy iguales. Son peleas constantes con nuestras viejas, nuestros papás están separados. Nuestros papás, en sí, ni nos hablan, no nos registran, no nos dan bola⁴. Muchos problemas con amigos. Las dos estamos... (hace una pausa) tenemos voluminosidad en la panza. Y eso sí, es bullying ya. O sea, el "gordas", por más que en el momento no te afecte, cuando llegás a tu casa te largás a llorar. Llega un punto en que ya no bancás⁵ más nada.

(Estudiante mujer de 2do año)

Las razones argumentadas para justificar la práctica de corte aluden a diversas cuestiones que tienen como denominador común el sentimiento de exclusión. Se trata de una violencia sufrida, sea física o simbólica, que vuelve a su vez como violencia dirigida hacia uno mismo. Así lo expresa uno de los entrevistados al intentar interpretar las motivaciones por las que una amiga se autolesiona:

⁴mostrarse interesado.

⁵aguantas, soportas

Pero ella tiene problemas también, familiares... Ella tenía problemas en el colegio, que la jodían⁶ demasiado. En algún lugar siempre vas a tener problemas. Sea en tu casa, sea en la calle, sea en el colegio. En cualquier lugar podés tener problemas. Eso es algo que te complica a veces. Porque vos vas a un lugar con muchas ganas de ir y llegás y te empiezan a decir cosas, te empiezan a joder. Te cambia el humor, te empezás a sentir mal. O con problemas que pasan en tu casa, de violencia, de que tomen, de que haya muchas discusiones. Eso es algo que te hace sentir mal a vos mismo, te perjudica.

(Estudiante varón de 2do año)

Hemos hallado en las narrativas que, en algunos casos, el sufrimiento social es descripto mediante una conjunción de situaciones que devienen en el sentimiento de “no aguantar más nada”. En otros casos se identifica un acontecimiento específico como momento iniciático del ritual de corte. En el siguiente fragmento, una joven reconoce que la hermana comienza a producirse lesiones a partir de una situación de abuso intrafamiliar:

Mi hermana se corta porque un novio de mi mamá abusó de ella. Él es odontólogo. Abusó de ella cuando... Teníamos una confianza bárbara, teníamos mucha confianza. Fue el año pasado, cuando mi hermana tenía doce años. Estaba durmiendo en la cama de mi mamá, arriba. Nosotros vivimos en un departamento. Se quedó dormida y el novio de mi mamá, su actual pareja en ese momento, subió y la tocó. Entonces mi hermana en ese momento se empezó a cortar. No nos contó nada en el momento. Nos contó, a mí y a mi mamá, ocho meses después.

(Estudiante mujer de 2do año)

El siguiente joven por su parte, relata el momento en que se produce cortes en el brazo con un cuchillo asociándolo directamente a una situación de violencia física por parte del padre:

Yo un día me corté por impotencia, porque no sabía a qué pegarle ya, no sabía qué hacer. Discutí con mi papá, me pegó, me sangró todo. Llego al baño de mi casa y quería hasta apuñalar a mi papá, llegué a ese momento. Y mi papá me desafiaba. Entré al baño, agarré un cuchillo serrucho, ¿viste esos con los que cortás la milanesa? Y empecé a darme así acá, (se señala el brazo) cortándome, con toda la bronca. Pero así, me cortaba así... Como que me cortaba como una milanesa. Y después me arrepentí. Después tenía una re cicatriz.

(Estudiante varón 2do año)

Otra característica sobre la que resulta interesante detenerse es el modo en que estos comportamientos son socializados. Cuando las prácticas autolesivas son compartidas, ya sea de manera virtual o presencial, se generan códigos comunes que permiten una

⁶Burlaban, molestaban

identificación con el grupo de pares. Una estudiante relata el modo en que su hermano encuentra un lugar de pertenencia, al socializar mediante Facebook los cortes que se produce. Las redes sociales otorgan un sentimiento de inclusión entre quienes comparten el sufrimiento, manteniendo un estatus de anonimato:

Creo que es muy normal eso de cortarse hoy en día, ya no es como al principio que me sorprendía. Todo el mundo lo hace, como que lo tomaron como normal (...) A mí me tocó vivirlo cuando veía mal a mi hermano (...) Él estaba mal y se metía en esos grupos supuestamente de apoyo que lo que hacen es mostrarte: “Mirá cómo me corto”. Se sentían importantes. Que no incentivan a salir de la tristeza, es peor, más bajón: “No sos normal y te tocó ser así”. Como que ellos se ven así. La mayoría de los adolescentes son así ahora.

(Estudiante mujer de 5to año)

La necesidad de "hacerse ver", de encontrar un otro en el cual sentirse reconocido, lleva muchas veces a los jóvenes a incurrir en prácticas cuya finalidad pareciera ser llamar la atención de los demás o, inclusive, el formar parte de una grupalidad. Al respecto una estudiante plantea la existencia de un colectivo que se autodenomina como “grupo suicida” en el que, para ser incluido, la condición –a modo de ritual de iniciación- es cortarse:

Entrevistada:- Hasta había un grupo a la mañana que se hablaban conmigo, y que si yo no me cortaba no me iban a hablar. Entonces yo me hice a un lado. No me voy a cortar si ellas me lo dicen. “Grupo suicida” se llamaban.

Entrevistador:- ¿Y qué hacían?

Entrevistada:- A veces sí se cortaban. O sea, hacían como un ritual, vos entrabas al baño y tenías que cortarte. Te cortabas sí o sí la letra del chico que te gusta. Si no te lo cortabas, tenías que irte de ahí.

(Estudiante de mujer de 2do año)

Frente a esta necesidad de ser visibilizados, los cortes pueden ser producidos en público dentro del ámbito escolar, como queda evidenciado en el siguiente relato:

Me pasó el año pasado que una compañera se estaba cortando enfrente mío. Estábamos sentadas y ella se estaba cortando esta parte del pie. Y fui y le avisamos a la preceptora.

(Estudiante mujer de 2do año)

La piel se convierte en escenario de intercambios simbólicos ante la necesidad de “dejar de ser invisible”. El sujeto no puede constituirse si no es a través del reconocimiento del otro. En otras palabras, “el sujeto se constituye en la relación interpersonal entre dos sujetos y también en la relación intercultural, social” (Wieviorka, 2006: 241).

En este proceso de construcción identitaria, el cuerpo se ancla como superficie de múltiples inscripciones y sede de otras modificaciones que producen, por ejemplo, el uso de

sustancias psicoactivas en la búsqueda de sensaciones y vivencias que proporcionen sentidos que no se obtienen o resultan insuficientes (Korinfeld, 2013). El hecho de producirse un corte es homologado al consumo de drogas o, mejor dicho, se les asignan a los comportamientos autolesivos características vinculadas a las de una adicción. La autolesión parece funcionar bajo un mecanismo inconsciente del tipo adictivo como se refleja en el siguiente fragmento.

Es una adicción porque, es verdad, tenés un corte y querés otro, y querés otro, y querés otro. Es como un porro. Vos te drogás la primera vez y te gustó, la vas a seguir hasta que termines todo drogado tirado en una zanja.

(Estudiante mujer de 2do año)

La misma estudiante relata que volvería a cortarse más allá de haber dejado de hacerlo hace unos meses obligada por su madre:

Entrevistador: ¿Y ahora te volverías a cortar?

Entrevistada: Si fuera por mí, sí.

Entrevistador: Aunque te haga mal.

Entrevistada: Sí.

(Estudiante mujer de 2do año)

El alivio que produce el cortarse es transitorio. El querer vivir esa sensación de alivio una vez más es lo que lleva a repetir el circuito una y otra vez (Mauer y May, 2010), brindando la ilusión de "placer" o "felicidad" según el siguiente testimonio:

Te hace sentir la felicidad por un momento. Es como un porro⁷, te agarra y, depende qué tipo de droga sea, por un momento ves un elefante rosa volando, te hace alucinar. Pero esto no es que te hace alucinar, te hace sentir bien por un momento. El dolor físico calma más que el mental, porque en sí el dolor de la cabeza o lo que pensás es constante. Constantemente: "sos esto", "sos lo otro". El dolor físico se va.

(Estudiante mujer de 2do año)

A través del corte se experimenta el reemplazo de un dolor "mental" que se vive como incontrolable y "constante" por un dolor físico que se percibe entonces como controlado y que tiene fin. La transitoriedad de las heridas distrae y despeja la mente que se ve invadida por un malestar social que perdura en el tiempo como algo inalterable. Una estudiante plantea el apaciguamiento del dolor "de adentro" que puede significar el provocarse marcas en la piel:

Como dijo mi amiga, vos cuando te cortás sentís como otro dolor, no sentís el dolor de adentro, algo así, pero no te arregla los problemas.

(Estudiante mujer de 2do año)

⁷Cigarrillo de marihuana

Por su parte, el siguiente joven (quien elabora su relato en tercera persona más allá de haber pasado por la experiencia de autolesionarse) alude a los sentimientos de bienestar al momento de la autoflagelación:

Ellas sienten placer. Es como si fueran masoquistas. Ellas se cortan y se sienten bien así. Por eso se cortan mucho. Puede ser con hojas de afeitar, con lo que sea. Entonces no les duele, no sienten dolor. Sienten SATISFACCIÓN (enfaticando esta última palabra).

(Estudiante varón de 2do año)

La breve temporalidad del dolor físico se esgrime como argumento en contraposición a lo perdurable de las heridas sociales. Sobre el primero se está en una posición de control, se puede establecer su momento de inicio y, se lo puede curar o no. En cambio, el dolor social es vivido como un estado perdurable y fuera de control que deja marcas más difíciles de suprimir.

En los testimonios recuperados, los comportamientos autodestructivos aparecen asociados a sentimientos de sufrimiento. El hecho de registrar cambios de humor frente a situaciones cotidianas es una característica recurrente. Estas emociones manifestadas por los jóvenes en las entrevistas son las que les producen un dolor social que parece perdurar en el tiempo. El producirse una marca localizada en el cuerpo habilita un dolor físico que distrae y despeja de la angustia social que se ha interiorizado.

A MODO DE CIERRE

Los jóvenes tramitan la emoción de dolor social asumiendo el control sobre su cuerpo mediante un tipo de violencia que opera como constructora a la vez que negadora de subjetividad, en tanto expresión de “pérdida de sentido y construcción de sentido; desubjetivización pero también subjetivización” (Wieviorka, 2006, p. 248). A través de los comportamientos autodestructivos se puede observar una tendencia por buscar la restitución del valor social que no han podido encontrar en la mirada de los otros. En estos casos, la piel puede convertirse en el receptáculo de ciertas emociones que se traducen en autoagresiones corporales. Mediante este proceso se canaliza el dolor social a través de una herida autoinflingida.

El sujeto en sufrimiento se aferra a su piel para no hundirse. La cortadura es una incisión de lo real, le confiere enseguida al sujeto un arraigo en el espesor de su existencia. Es un tope que sirve de contención, un remedio para no morir, para no desaparecer (Le Breton 2017, p. 62).

Las juventudes se encuentran permanentemente buscando una identidad propia a través de una huella, una firma, que acredite su paso por el mundo. Cuando no encuentran espacio para sentirse realizados y poder afirmarse en un “aquí estoy yo”, la piel se convierte en una superficie propicia para dejar esas marcas. La emoción de dolor social los invade, buscando en el dolor físico una puerta de salida frente a este padecimiento.

Esta puesta en juego del propio cuerpo, concebido como alter ego o campo de batalla, testimonia el acceso al sentido a través de la prueba de la muerte superada. Enfrentándose físicamente al mundo, jugando real o metafóricamente con su existencia, forzándose una respuesta a la pregunta de saber si vale o no la pena vivir.

Para liberarse al fin de la muerte que se adhiere a la vida, se enfrenta a la muerte para poder vivir. (...) Del éxito del enfrentamiento nace un entusiasmo, una bocanada de sentidos que responde a una eficacia simbólica, la cual procura provisoria o duraderamente un arraigo más seguro de su existencia (Le Breton, 2011, p. 165-166).

En los enfrentamientos físicos con el mundo, los distintos individuos buscan sus marcas, se esfuerzan por sostenerse en una realidad que se les escapa constantemente. Los límites de la acción, toman entonces el lugar de los límites del sentido que ya no consigue establecerse. El desafío que representan estas situaciones de riesgo, se convierte en prueba de su existencia. Al fallar estos mecanismos y perdurar la sensación de vacío existencial, queda el camino de la muerte como modo de consagración o como vía de escape frente a un dolor social que se torna insostenible.

Las autoagresiones, sea que se lleven a cabo en intimidad o bien que las hagan en público, refieren a un sufrimiento socio-psíquico vinculado al sinsentido existencial que atraviesan los jóvenes. La intensidad de estos sentimientos expresa identidades negadas. Las emotividades, cargadas de dolor, encuentran en las conductas autodestructivas una salida desesperada frente a las exclusiones que padecen.

La escuela es un espacio en el cual los estudiantes puedan canalizar estas emociones de dolor. Es tarea de los adultos brindar espacios donde se sientan escuchados y logren encontrar otras vías mediante las cuales tramitar el daño emocional padecido. Tomar registro de las experiencias que atraviesan los jóvenes, permite comprender las conflictividades que se viven a diario en las escuelas, para a partir de allí adentrarse en el abordaje pedagógico de las mismas.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (1978). Los tres estados del capital cultural, en *Sociológica*, 5, pp. 11-17.
- Bourdieu, P. (1991). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid, España: Taratus.
- Bourdieu, P. (2013) *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Elias, N. (1981). Civilización y violencia. *Ästhetikund Kommunikation*, 43, 5-12.
- Goffman, E. (2012). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Illouz, E. (2007). *Intimidades congeladas: Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires, Argentina: Katz.
- Kaplan, C. V. (2008). *Talentos, dones e inteligencia: El fracaso escolar no es un destino*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Colihue.
- Kaplan, C. V. (Dir.) (2016). *Género es más que una palabra. Educar sin etiquetas*. Buenos Aires, Argentina: Miño y Dávila editores.

- Kaplan, C. V. y Krotsch, L. (2018). La educación de las emociones: Una perspectiva desde Norbert Elias. En *Revista Latinoamericana de Investigación Crítica*, 5(8), 119-134.
- Kaplan, C. V.; Krotsch, L y Orce, V. (2012). *Con ojos de joven. Relaciones entre desigualdad, violencia y condición juvenil*. Buenos Aires, Argentina: Editorial de la Facultad de FFyL- UBA
- Kaplan, C. V. y Silva, V. (2016). Respeto y procesos civilizatorios. Imbricación socio-psíquica de las emociones. En *Praxis educativa* (Arg.), 20(1), 28-36.
- Korinfeld, D. (2013). La lucha contra las adicciones y la patologización de adolescentes y jóvenes. En G. Dueñas, E. Kahansky y R. Silver (comps.) *Problemas e intervenciones en las aulas*. Buenos Aires, Argentina: Noveduc.
- Korinfeld, D. (2017). Situaciones de suicidio en la escuela. Acompañamiento y corresponsabilidad. En *Voces de la Educación*, 2(4), 209-219.
- Le Breton, D. (2011). *Conductas de riesgo. De los juegos de la muerte a los juegos del vivir*. Buenos Aires, Argentina: Topía.
- Le Breton, D. (2017). *El cuerpo herido. Identidades estalladas contemporáneas*. Buenos Aires, Argentina: Topía.
- Marradi, A.; Archenti, N. y Piovani, J. I. (2018). *Manual de metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores
- Mauer, S y May, M. (2010). Niños y adolescentes jugando con el filo de la navaja. En *Revista Topia*, núm. 58, pp. 4-5. Disponible en: <https://www.topia.com.ar/articulos/ni%C3%B1os-y-adolescentes-jugando-filo-navaja>
- Scribano, A. y Vergara Mattar, G. (2009) Feos, sucios y malos: la regulación de los cuerpos y las emociones en Norbert Elías. En *Cad. CRH* [online] vol.22, n.56, pp.411-422. Disponible en: <http://www.scielo.br/pdf/ccrh/v22n56/v22n56a14.pdf>
- Toporosi, S. (2015). Me corto y me quiero matar. En *Revista Topia*, 75, 24-25. Disponible en <https://www.topia.com.ar/articulos/me-corto-y-me-quiero-matar>
- Valles, M. (1997). *Reflexión Metodológica y práctica profesional*, Madrid, España: Editorial Síntesis Sociología.
- Vasilachis de Gialdino, I. (2016). *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona, España: GEDISA.
- Wieviorka, M. (2006). La violencia: destrucción y constitución del sujeto. En *Espacio Abierto*, 15 (1-2), 39-248.

Acerca de los autores

Carina V. Kaplan, doctora en Educación por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Ciencias Sociales y Educación por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y con postdoctorado en la Universidad Estadual de Rio de Janeiro. Es Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Dirige los siguientes Proyectos: UBACyT 2018-2020 N° 20020170100464BA: “Violencias, estigmatización y condición estudiantil. Una sociología de la educación sobre las emociones y los cuerpos” y Proyecto PIP CONICET N° 11220130100289CO: “La construcción social de las emociones y la producción de las violencias en la vida escolar. Un estudio sobre las experiencias de estudiantes de educación secundaria de zonas urbanas periféricas”.

Szapu, Ezequiel, licenciado y Profesor en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires. Profesor de Enseñanza Primaria por la Escuela Normal Superior N°1 en Lenguas Vivas “Presidente Roque Sáenz Peña”. Becario doctoral UBACyT con sede en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación de la UBA. Investigador del Proyecto UBACyT 2018-2020 N° 20020170100464BA: “Violencias, estigmatización y condición estudiantil. Una sociología de la educación sobre las emociones y los cuerpos” con sede en el Programa de Investigación “Transformaciones sociales, subjetividad y procesos educativos” del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires; bajo la dirección de Carina V. Kaplan. Es Ayudante de Primera Interino en la cátedra Teorías Sociológicas y Adscripto en la cátedra de Sociología de la Educación en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA